

PATIO DE LEONES



Pérez Llorca, contra Nostradamus

Asegura Fontbrune, afortunado traductor de Nostradamus, que la III Guerra Mundial tendrá por escenario el Mediterráneo desde una de cuyas orillas

—Oriente Medio— saltará la chispa que encenderá a todos los pueblos. Aristides Galver, que es la versión española de Fontbrune, pero sin computadoras y sin éxito editorial, participa del mismo presagio fatídico. Malo es que la intuición española lea en las cuartetas de Michel de Notredame lo mismo que en ellas conjetura el racionalismo cibernético del escritor francés. La Iglesia ha salido al quite asegurando que no hay que preocuparse. Pero los católicos sabemos que la Iglesia es eterna. Así, hasta yo sería capaz de infundir confianza a los demás. El caso es que para dar la razón a Nostradamus, el «partido de la rosa» se apodera de Francia. Grecia —aseguran— será socialista el mes que viene. Otro tanto pronostican, llegado el caso, de España. Pero mientras en la orilla norte del Mediterráneo ocurren estas cosas, en el Sur, bajo influencia directa norteamericana, el presidente egipcio, Anwar el Sadat, encierra a la oposición a la que acusa de connivencia con el marxismo internacional y, más o menos, otro tanto ejecuta en su feudo el monarca de Marruecos, Hassan II. Previamente en Turquía, los militares de la OTAN aseguran con un golpe de Estado los estratégicos estrechos que acceden al mar... Marxismo en los países ribereños del Norte, antimarxismo en los ribereños del Sur y del Este.

—Y al Oeste queda España... Creo que las profecías de Nostradamus son muy favorables en cuanto al futuro de España se refiere. Nos aventura un porvenir grandioso...

—Entre los profetas modernos, mi preferido es Alexander Haig. Lamento profundamente que nuestro ministro de Asuntos Exteriores, Pérez Llorca, no sea de mi misma opinión. Se llevaría menos portazos y menos desaires, que siempre son incómodos y molestos. España se ha convertido —con nuestro permiso o sin él— en la llave del Occidente. El oficio de portero es siempre incómodo, pero qué le vamos a hacer... Lo que no parece posible, señor ministro, es impedirle el paso a los dueños del edificio contiguo. En la Historia Universal, los pueblos, aun los menos coyunturales como el nuestro, nunca son propietarios de nada. Sólo inquilinos. Debemos estar preparados para darle la razón a Nostradamus, Fontbrune y Aristides Galver. También, si no queda otro remedio, al secretario de Estado. Los profetas de la Oposición tienen la desventaja de que están todavía mucho más desacreditados.